

Los recientes crímenes ambientales ocurridos desde las represas de relaves de las minas Mariana y Brumadinho, en Brasil, así como los tres sismos ocurridos el 22 de febrero pasado en Macas, capital de Morona Santiago, en el Ecuador, nos ponen en alerta máxima para denunciar y evitar que ocurran estos desastres.

Sólo quienes tienen intereses mineros pueden negar que la minería está entre las actividades más peligrosas. Esta actividad combina la degradación ecológica con el despojo de territorios y la vulneración de derechos humanos. Hemos visto en el Ecuador que varios proyectos mineros traen consigo intervención militar y policial, desalojos forzados, asesinatos no esclarecidos, paramilitarismo, criminalización de la protesta social, deforestación y contaminación, entre otros problemas socioambientales. En particular, la minería a cielo abierto inevitablemente provoca la eliminación de la cubierta vegetal y la remoción de millones de toneladas de tierra; requiere el uso de toneladas de explosivos, así como de sustancias tóxicas para separar el mineral, y millones de metros cúbicos de agua dulce.

Uno de los mayores impactos son los diques de relaves, también llamados relaveras, donde son depositados los desechos de la minería, que resultan tóxicos para los seres humanos y el ambiente. Las relaveras son estructuras que pueden cubrir muchas hectáreas y quedan en los sitios a perpetuidad.

Hace apenas un mes, vimos con horror los impactos de la rotura del dique de colas de la mina operada por la brasilera Vale en el municipio de Brumadinho. Se calculan más de 100 muertos y 200 desaparecidos y cientos de kilómetros aguas abajo afectados por lodos tóxicos. Este crimen ocurrió tres años después de la rotura de otra presa de relaves de la mina Samarco, en el municipio de Mariana, operada también por la Vale y su socia angloaustraliana BHP, que dejó un saldo de 19 personas fallecidas y más de un millón de afectadas por la contaminación. El paisaje de Mariana es desolador; la gente sigue demandando justicia ante un cerco de impunidad. Brumadinho, por su parte, lleva un mes de haberse convertido en un enorme cementerio a cielo abierto.

